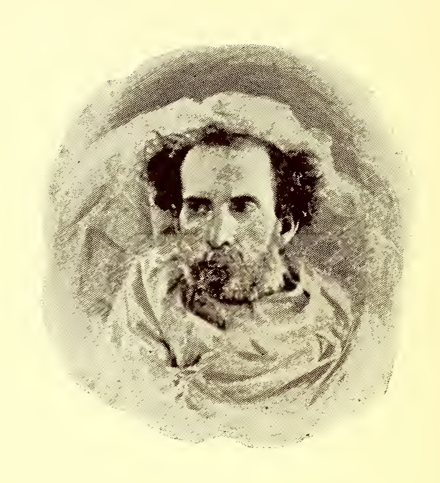






Gervasio Méndez

POESÍAS

DE

GERVASIO MENDEZ

TERCERA EDICIÓN

AUMENTADA Y PRECEDIDA DEL RETRATO DEL AUTOR



BUENOS AIRES
Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco
CHILE 263 Y SAN MARTÍN 155
1898

Señora Inés Méndez de Cufré.

Señora:

Queríamos responder á su pedido, entregándole una joya delicadísima, algo que hiciera fosforescencias en las lóbregas tristezas de su alma, pero faltaron recursos é inteligencia.

Un modesto libro encierra las poesías de su hermano, que usted nos confiara para publicarlas. Algunos de nuestros más bellos talentos han llevado á sus páginas palmas y flores, que nosotras hemos entrelazado, pensando que será para usted un consuelo, en medio de su pesar, depositarlas en la tumba del poeta mártir, de dulce y simpática memoria.

Sea usted indulgente, como esperamos lo será el público, ese público tan bondadoso cuando se trata de llevar un rayo de sol al hogar desgraciado y de honrar lo bello y lo noble en la vida.

Somos de usted, señora, muy atentas seguras servidoras,

María Isabel Costa.
Mercedes Carrère.

Marzo de 1898.

GRATO RECUERDO

Corría el año..... no recuerdo cuantos.

Nos hallábamos en plena actividad preparatoria de la repatriación de los restos de San Martín y tratábamos de organizar un acto público digno de ocasión tan solemne y que sirviese al mismo tiempo para aumentar los recursos con los cuales debía hacerse frente á los gastos de las grandes fiestas proyectadas.

Gervasio Méndez estaba de moda, ¡de moda él, que apenas si conocía el sentido de la palabra, en la inalterabilidad de su martirio! y fuí á pedirle unos versos.

Han transcurrido muchos años y me parece que fué ayer que fijó en mí su mirada, mezcla de sorpresa y de ira, al contestarme secamente:

— Yo no hago versos.

— Perdón; creía que los hacía usted y buenos.

— ¡ Ah, los hacía!

— Hace muy poco....

— Es inútil cuanto usted me diga, agregó, esforzándose por suavizar el gesto y la voz; no puedo hacer nada.

— ¿ Tendría usted la bondad de decirme por qué?

— Porque no puedo....

Y su demacrado cuerpo, semi incorporado un mo-

mento, en señal de atenciosa deferencia, volvió á tomar la posición horizontal que en aquella estancia y junto á aquel lecho, evocaba negros pensamientos, menos tristes, quizá, para el condenado á pasar la vida en la actitud de la muerte, que para los que en presencia de tan cruel destino sentíanse movidos á profunda simpatía.

Pero de entre los almohadones, mayor tormento en su blandura que las durezas del lecho de Procusto, surgía la frente iluminada por la luz de una mirada torva á veces, como de amarga protesta, ansiosa en otras, como preguntando cosas sin respuesta posible, centelleante siempre, ya reflejase las hondas penas del alma, ó brotase al calor de las ideas, único que en aquel sér había respetado la parálisis, por lo que no parecía sino que se hubieran refundido en él todos los calores de la vida.

Contemplándolo, creí adivinar lo que pasaba en su espíritu atribulado.

¡ Cantos él, para las glorias del mundo!

¡ Él, el desheredado de todos los bienes de ese mundo, sin un consuelo para su alma ó un rayo de sol para su cuerpo !

—Poeta, le dije, levante su corazón á las regiones á que tantas veces ha volado. La ocasión es propicia y será su satisfacción tan grande como el placer que nos proporcionará á todos. Veamos, un esfuerzo. . . .

— ¿ Y qué debo hacer ?

— Lo que usted quiera : su nombre no puede faltar en el programa.

Luchó todavía — lucha saturada de explicables egoísmos; — pero, vencidas al fin sus resistencias, me prometió escribir algunas estrofas.

— ¿ Las leerá usted ? me preguntó.

Cultivaba yo por entonces el bello y difícil arte de la lectura, al cual recién ahora se empieza á prestar toda la atención que merece, y de ahí la fina pregunta.

— De mil amores, me apresuré á contestar.

Y por la manera como me estrechó la mano, al despedirme con las demostraciones del caso, comprendí que me agradecía el pobre inválido la presión hecha sobre él para arrancarlo, siquiera fuese por un momento, de la postración que empezaba á invadir la moral, después de haber destruído el físico.

* * *

Llegó la fiesta, brillante, grandiosa fiesta. Colón, el viejo é inolvidable Colón, presentaba un espectáculo soberbio. Banderas, gallardetes, escudos, cenefas, guirnaldas, trofeos, artísticamente distribuídos, adornaban la vasta sala, en la cual no cabía un alfiler, como vulgarmente se dice. Celebrábase el acto á la luz del día, pero siendo ésta insuficiente dentro del teatro, habíase encendido el gas, y de esta combinación de luces resultaba un medio ambiente de color indeciso que realzaba la belleza del cuadro.

Subió el telón ¡y la escena que vieron nuestros ojos!

Como en la sala, los colores nacionales predominaban en los apropiados arreglos, bañados en aquella luz vaga que tan bien se armonizaba con ellos.

En primera fila veíase á los guerreros de la independencia, generales Guido, Espejo, Frías y Vega, de gran uniforme y cargados de condecoraciones. El primero de ellos sustentaba con su mano derecha la bandera de los Andes obtenida para la patriótica solemnidad por especial concesión del gobierno, y, guardia de honor tan lucida como interesante, detrás de los gloriosos ancianos, formaba la compañía de cadetes del Colegio Militar. Después llenando por completo el palco escénico, las comisiones de la re-

patriación, los conferenciantes, los invitados civiles y militares, los representantes de la prensa, etc.

La orquesta — una orquesta como la requerían las circunstancias, — hizo oir los primeros acordes del himno nacional, y como un solo hombre, la inmensa masa de gente estuvo en un instante de pié, arriba, abajo y en todo el teatro, que no tuvo seguramente en su brillante historia día más brillante.

No se trata aquí de hacer una reseña completa de aquella memorable fiesta patriótica, y sí, únicamente, de trazar con cuatro rasgos, ayudado por la memoria solamente, el marco del cuadro que en tal ocasión y con tal motivo, llenó la figura simpática de Gervasio Méndez.

Basta para esto, después de lo expresado, decir que se había escuchado la palabra de elocuentes oradores; Santiago Estrada había leído *Las cuentas del Gran Capitán*, del general Mitre; *El Cóndor de los Andes*, de Andrade, y *Maipo*, de Coronado, habían arrancado estruendosos aplausos; y la música marcial y las aclamaciones con las demás influencias emocionantes de que estaba impregnada la atmósfera, habían llevado el entusiasmo á un punto del cual parecía imposible, que pudiese pasar.

Pasó, sin embargo, y debo á la memoria del poeta mártir, este sincero tributo de mi gratitud, hacia la voluntad generosa que asoció mi nombre á triunfo semejante, proporcionándome uno de los momentos más hermosos de mi vida.

* * *

Recién en la mañana de aquel día había yo recibido de Méndez las prometidas estrofas.

El momento no invitaba á jugar con él, y aunque eran pocos los versos, por esto mismo, y por la compañía, había que tener mucho cuidado con lo que se

hacía, porque el fracaso, siempre ingrato, habría sido allí también falta de respeto.

Apenas si había tenido tiempo, en medio de los últimos preparativos de la gran fiesta, para leer dos ó tres veces la composición *Á San Martín*.

No estaba, pues, muy seguro de mi mismo cuando me presenté en la escena, y con ocho mil ojos encima, oprimiendo con dedos nerviosos dos carillas cuyo contenido se me presentaba con las dificultades y las dudas de un problema, avancé, haciéndome el interesante, hasta la orilla del palco escénico, y, para ganar tiempo, familiarizándome con la vista del monstruo, lo miré de arriba abajo y por todos lados, bebí un poco de agua providencialmente colocada á mi alcance, y haciendo de tripas corazón, me eché el papel á la cara y á su destino la primer estrofa :

¡ No podía morir ! Cupo en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo ;
¡ Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño !

Esta vez no fué el silencio resultado del cálculo ó del temor : una prolongada salva de aplausos anunció que la plaza había sido tomada por asalto, y fué necesario esperar que se restableciese la calma para continuar :

¡ No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio !
....
....

Soy de fuerza menos que mediana en materia de trascendentalismos poéticos, y no puedo decir hasta

dónde se hermanan estas cosas en buena lógica; pero, en cambio, puedo asegurar que no cabía yo en el pellejo al terminar la segunda estrofa, viendo cómo la música de los versos de Méndez, de sonoridades admirablemente ajustadas al tono general de aquel concierto, en que almas y mentes cantaban al unísono el himno inmortal de los recuerdos, ganaba al intérprete afortunado simpatías que únicamente correspondían al autor, infeliz hasta el punto de no poder gozar de los únicos triunfos que no había logrado arrebatarle la crueldad de su destino.

Seguí leyendo:

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego,
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos,

Aquel brazo potente que de España
Hizo temblar el formidable cetro,
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba á templar su formidable acero.

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de colosal incendio,
Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso,

Sentía, á medida que avanzaba en la lectura, las palpitaciones del corazón de mi auditorio, cada vez más fuertes. Vibraban en el aire entusiasmos intensos, que eran como la síntesis de los grandes entusiasmos del día, condensados por la inspiración de Méndez en un sentimiento que no admitía ni un asomo de crítica, como no quieren admitirla estas páginas, destinadas á reflejar, con la fidelidad posible,

las impresiones de aquella hora de generosas expansiones.

El momento no podía ser más propicio para lanzar la nota culminante:

¡ Cayó en la tumba como caen los astros,
En el sudario de su luz envueltos;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

El triunfo llegó entonces á su mayor altura.

Me parece que lo veo: Avellaneda, literato antes que presidente y poseído del entusiasmo general, se alzó del sillón oficial para aplaudir con más libertad; los ministros siguieron su ejemplo y tras de éstos hicieron lo mismo señoras y caballeros, viejos y jóvenes, en la amplitud entera del teatro, quedando Gervasio Méndez consagrado campeón del día, entre tantos campeones de la palabra y de la idea como allí se congregaran bajo los excelsos auspicios encarnados en aquellos cuatro viejos, que ya no existen, pero cuyas nobles figuras veo y veré siempre, como en aquel instante, agrupados en torno de su amada bandera celeste y blanca, que no pudieron seguir en sus victorias las alas del cóndor.

Fué aquello como la apoteosis en vida del poeta, nacida al calor de la apoteosis del héroe, alzado ya á las regiones de la inmortalidad.

Cuando le dije esto á Méndez, al felicitarle, más tarde, por la merecida ovación de que había sido objeto, me contestó tristemente:

— Ya lo sé, son todos muy buenos conmigo. Gracias, mil gracias.

Ecce homo.

¡ Él no merecía, ni esperaba nada!

¡ Solamente él tenía algo que agradecer en este mundo!

Toda la composición tuvo el mismo éxito; pero no haré más citas, habiéndome extendido en estas líneas, destinadas al libro que las contendrá por entero, con otras de las mejores de Méndez, mucho más de lo que me proponía al empezarlas.

Hay que disculparme.

No fuí yo quien alargó el escrito. Fué un demonio que llevo metido dentro del cuerpo, hace que sé yo cuanto tiempo, y que, llamándose mi amigo, me empuja en estas ocasiones á decirlo todo, á salvo el derecho de cada uno para leer lo que quiera ó no leer nada, según sea más de su gusto.

Para mí el tal amigo es como los de Vicente, á que alude el refrán; pero no sé por qué se me figura que por esta vez se va á quedar mi señor demonio con un palmo de narices, al ver cómo me lee hasta el fin mucha gente buena.

¡Milagros más grandes hizo siempre la caridad, sin ir, como al presente, del brazo de la justicia, por los senderos de la gloria.

B. MITRE Y VEDIA.



Gervasio Méndez fué el poeta del dolor, cuya lira necesitó del sufrimiento para producir notas tan tiernas y sentimentales. La resignación fué la virtud que le acompañó en todas las horas amargas de su vida, esmaltando con lágrimas piadosas las bellas flores que cultivaron sus manos en los sublimes jardines de la poesía. ¡Pobre poeta, descansa en paz! y que los dulces cantos que produjeron las melancólicas cuerdas de tu arpa, vivan en perenne recuerdo en el corazón de los que te amaron, sirviendo de verde corona á tus sienes y de eternas siemprevivas á tu tumba.

Fr. Modesto Becco.

Enero, 1898.



GERVASIO MÉNDEZ

Bien merece una lágrima fraterna
Quien derramara tantas en la vida,
De jardín en calvario convertida,
Haciendo del dolor su musa eterna.

CARLOS GUIDO Y SPANO



GERVASIO MÉNDEZ

Se ha dicho de este poeta que era un lamento vivo. Y, en efecto, lo era. Veintitrés años — casi la mitad de la vida — postrado en un mísero lecho, es algo tan horrible cuya sola idea desconcierta y espanta. La muerte, en este caso, es una resurrección.

Gervasio Méndez, más que un poeta, fué un mártir. El dolor clavó en sus carnes la formidable garra : resignado soportó la enfermedad y la miseria, y sereno vió acercarse la muerte.

Hizo versos, versos casi siempre amatorios, versos románticos, azucarados y melosos, que hacían las delicias de nuestras antiguas porteñas ; pero no supo ó no pudo traducir en uno de esos gritos sobrehumanos, que resuenan eternamente en el futuro, las hondas tempestades de su cráneo ó las punzantes penas de su alma, en la estrofa bañada con lágrimas vivas ó teñida con la sangre roja del corazón.

Probó, como Heine y Alfredo de Musset, los reveses de la suerte y el choque de los más negros infortunios, y apuró también la copa de los dolores

acerbos. Pero ni Musset ni Heine experimentaron el suplicio horrendo de Méndez, de permanecer sepultado durante veintitrés años, por la parálisis, en un miserable tugurio !

A haber sido un verdadero poeta habría traducido ese martirio en una elegía perdurable ó habría hecho estremecer con un apóstrofe al mismo Dios. Lo intentó, sin embargo; pero, fuese que la parálisis hubiese contagiado la inteligencia ó secado en él las fuentes del sentimiento, el caso es que no logró transfundir á sus estrofas la pena que le roía las entrañas y que le devoraba vivo.

Su memoria no será recordada, por lo tanto, como la de un verdadero poeta :

No lo fué, y la verdad debe decirse siempre, por dura que sea, aún en presencia de las tumbas.

En cambio, el *hombre* es admirable ; y puede servir de ejemplo á los que no tienen suficiente fuerza de carácter para soportar con valor las adversidades del destino y la miseria negra, que, como una fatalidad, parece cernirse sobre casi todas las cabezas privilegiadas.

Otro, en lugar suyo, harto de sufrimientos, convertido en un esqueleto viviente, desesperado y sin horizontes, habría acabado sus días en la locura ó el suicidio.

Él se refugió en el Arte, y el *Arte* le *salvó*. Se agarró de la Poesía como á una única tabla de salvación. Y cuando alguna idea terrible, cruzando por su mente, anublaba la luz de su cerebro, se ponía á pulsar la lira, para olvidar penas y martirios, como hacía con su guitarra aquel legendario personaje de la leyenda argentina, el inspirado Santos Vega :

« *Desde que nació cantor,*
Hasta que murió cantando ».

LUIS BERISSO.

GERVASIO MÉNDEZ

En larga noche de duelo
Cruzó el poeta la vida,
Con la fe jamás vencida
De las visiones del cielo.
Sintióse alado, y el vuelo
Tendió sobre sus dolores;
Cantó glorias, cantó amores,
Amarrado á su cadena,
Y fué la muerte serena
Su único lecho de flores.

MARTÍN CORONADO.

Octubre de 1897.



GERVASIO MÉNDEZ

Fué algo. Dotado de sentimiento poético, las mezquinas y dolorosísimas condiciones en que transcurrieron sus días, cerraron á su imaginación todo horizonte, impidiéndole á menudo que ese sentimiento penetrara, depurado y ennoblecido, en las regiones del arte. Los afectos humanos son como un rico cristal empañado por los vapores de la vida. El arte verdadero, sin quebrarle, torna ese cristal bruñido y luciente, haciendo resplandecer en él los rayos del sol, con los más puros y delicados colores. En Méndez, por la causa antes apuntada, así como por lo superficial y frívolo de su instrucción y sus lecturas, los afectos rara vez llegan á encender su fantasía, haciendo que ésta, á su vez, los ilumine; pero, en cambio, la evidencia de su sinceridad, la cruel verdad de los dolores por el poeta cantados, dieron especial prestigio á sus versos, que resonaban con eco triste y simpático en todos los corazones. A veces alcanza con la sola melodía del alma, sin línea ni color, la emoción poética; pero, recluído

en estrecho círculo de sentimientos, y encadenado á la monotonía de su desventurada situación, se ve en la necesidad de repetirse, embotando la eficacia artística de sus sentidos lamentos.

Gervasio Méndez es, pues, uno de aquellos poetas, más para apreciados con el corazón que con la cabeza ; y respecto de las cuales la crítica literaria propiamente dicha está demás, y casi parece una profanación .

Su poesía exclusivamente al corazón se dirige, sin otro anhelo que el de apresurar sus latidos. Su epitafio poético podría condensarse en este dulce verso de Byron :

All I ask, all I wish, is a tear.

CALIXTO OYUELA.



GERVASIO MÉNDEZ

Unas jóvenes damas me dicen: «Escríbanos usted algo sobre Gervasio Méndez; vamos á públicar sus poesías, y con esas poesías vamos á hacer un poco de pan para quienes tienen necesidad y derecho á él».

¡Gervasio Méndez! ¿Hay, pues, quienes recuerden aún al pobre poeta tullido, á quien la buena Muerte vino por fin á dar libertad y paz?

* * *

Yo no lo oí nunca. Cuando en los últimos días de su vida, algunos hombres de letras nos proponíamos hacerle una visita, prólogo de alguna obra más práctica, un joven escritor, Miguel Escalada, me quitó el ánimo y la voluntad de ir a ver á aquel tristísimo Job. Pintóme de tal guisa la miseria y la amargura áspera de aquel desdichado, que me penetró por to-

dos los poros de mi cuerpo y mi alma un horror profundo y doloroso; no quise, no pude ya verle.

Y, por último, ¿ á qué ir á turbarle en su amargo reposo de semicadáver? Iba yo á ser Baldad, Suhita, ó Elifaz, Hemanita?

Sé de Baldades y de Elifaces, que iban á visitar á Méndez con un saco de reflexiones y un buen par de alforjas de tardíos y apolillados consejos.

En cambio, sé de jóvenes poetas, almas frescas y primaverales, que llegaban amablemente á apagar un tanto la llama de dolor que ardía en aquella alma precita.

Mordido y amarrado por la enfermedad, tras años de demoníaco cautiverio, baldado y oprimido, oyendo en su miserable cárcel el canto del mundo alegre y feliz, no serían por cierto gozos y saludos los que brotarían de la boca del prisionero.

No tiene jamás razón de alzar el vuelo el murciélago de fuego de la blasfemia; pero Job maldice, en ciertos instantes, el día en que su madre le parió, y la hora y el momento en que vió la claridad del día. Por sus labios halla salida todo el fuego de su espantosa pena, en un remolino de palabras candentes: es la erupción verbal de las amarguras contenidas en el estrecho vaso del corazón. ¡Y Job blasfema!

* * *

Gervasio Mendez fué una especie de Heine,—en su relativa vida artística—condenado por la parálisis á morir cuando ha tiempo medio cuerpo era ya de la tierra; tal como el príncipe del cuento de las *Mil y Una Noches,* mitad piedra, mitad carne, flageladas á diario las espaldas sensibles, por una mala hembra.

Mala hembra y maga negra fué la suerte de ese poeta! Le dió vida larga cual con una delectación exquisita de ver prolongarse el padecer del mártir;

hacía llegar á sus oídos los ecos de las fiestas mundanas y los triunfos de los otros. Él, poeta, habría hallado en la poesía su bálsamo, en el santo y generoso Arte! pero he ahí que se le olvidó en su rincón, en donde sus estrofas florecían de cuando en cuando pálidas y flojas, como nacidas en la sombra y en la miseria.

Cuando murió Andrade, cuando iban á enterrar á Andrade, salió por la última vez de su cueva el pobre paralítico, le sacaron en su silla, le llevaron al cementerio, y su exangüe diestra flaca puso una vieja corona ganada en un certamen, en la tumba del lírico argentino.

Volvió á su encierro, en donde casi siempre su más fiel compañero fué la soledad. Aullaba su espíritu á la Muerte, en horas más negras que el corazón de la noche, y la Muerte no quería llegar.

Hay un retrato suyo en el Museo de Bellas Artes, creo que obra de Mendilaharzu, en que la cabeza martirizada se destaca, evocatoria, diciendo toda una vida de sufrimiento indescriptible, sobre el cuerpo flaco, aún viva flor de inteligencia dolorosa sobre un tallo momificado.

Fué uno de los más crueles casos de esos poetas boleados por la ataxia, aherrojados por las ponzoñas de la sangre, ó quebrantados por la parálisis. Baudelaire, entristece; Heine, da pena; Méndez, espanta.

* * *

Y su poesía, poca y modesta, adquiere un extraño valor, dorado tristemente por el reflejo de la palidez enfermiza y funesta de esa existencia crucificada.

Al exhumar lo que dejara enterrado en sepul tura de olvido, aquel rimador quejoso, al sacar de su encierro esos versos muertos, para hacer con ellos

una acción de bien, las jóvenes damas que inician tal empresa son dignas de una generosa ayuda.

Y quizá Méndez tenga, en su vida actual, ignorada y arcana, un alivio póstumo, al ver renacer de sus huesos esas melancólicas flores que él creía ya condenadas á la nada.

Luego, si las rimas del ex crucificado, víctima de su sino, que le diera martirio con la más bárbara de las transfixiones, producen semillas de alegría en un hogar sororal, si algo alivian, si en algo ayudan, si algo confortan, Méndez estará contento.

Y vosotras, señoritas, tendréis desde lo hondo del misterio, por vuestra noble iniciativa, las gracias de sus manes, la sonrisa de sus labios de sombra!

Rubén Darío.



POESÍAS

DE

GERVASIO MÉNDEZ

A Dios

No es este canto el eco de la ola
Que azota el huracán de la desgracia,
Y que envuelta en la espuma de la ira
Contra los muros de mi pecho brama ;
Es este canto,
¡ Dios de mi alma !
La más tierna expresión del sentimiento
En la flor del recuerdo perfumada.

Es la dulce armonía arrobadora
Que sobre el ¡ ay ! de mi infortunio vaga,
Levantando mi espíritu abatido
Sobre sus blancas y brillantes alas ;
La fresca sombra,
La gota de agua,
Que la fiebre voraz de mi martirio
En el desierto de mi vida calma.

Es la esencia del bien, suave perfume
Que el pasado en mi espíritu derrama,
Que el transcurso del tiempo no evapora
Que el viento del dolor no me arrebata;
Único aroma,
Única lágrima
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida, en la adelfa deshojada.

Es el recuerdo de mi Edén perdido,
Del paraíso de mi edad temprana,
Del nido de mi amor y mi inocencia,
Del jardín más hermoso de mi patria,
Donde hay mujeres,
¡ Flores gallardas !
En cuyos labios, como en frescas rosas,
Va por la noche á perfumarse el aura.

Es la memoria de la tierra hermosa
Donde el hogar en que nací se halla,
Sembrado de violetas y azucenas,
Rodeado de naranjos y de acacias ;
¡ Mansión humilde !
Paloma blanca,
A cuyo arrullo melodioso y tierno,
Me dormía felíz bajo sus alas.

Tierra bendita en que el poeta siente
Que hasta el cielo su espíritu levantan
Sus ráfagas de luz y de armonías
Y el perfume exhalado por sus auras :
¡ Volcán de amores
Que á nadie abrasa,
Transmitiendo el calor del sentimiento
Hasta á las fieras que en sus selvas braman.

Allí, Dios mío, pronuncié tu nombre,
Allí, la fe se difundió en mi alma,
Y á su influjo las flores de mi vida
Exhalaron suavísima fragancia;
¡ Edad tranquila!
¡ Arroyo en calma!
¡ Cuán distinto del mar de mi existencia
Que hoy azota con furia la borrasca!

Si allí, Señor, mi corazón latía
Al suave impulso de impresiones santas,
Si allí las horas de mi vida fueron
Puras y alegres cual la luz del alba,
Si allí creía,
Si allí esperaba
Cómo no ser sublime el sentimiento
Que, á su recuerdo, de mi sér emana?

Yo te ofrezco, Señor, su pura esencia
Que hasta en las horas del dolor me embriaga,
Como el único bien que me ha dejado
Para consuelo, mi fortuna ingrata;
Como el perfume,
Como la lágrima,
Que ha quedado del llanto de la aurora
De mi vida, en la adelfa deshojada!

Buenos Aires, Julio 1.º de 1876.



A Buenos Aires

Puro como el perfume de las rosas,
Grande como el espacio del vacío,
Bello como la luz del firmamento,
Süave como el hálito de un niño,
Desde mi pecho
Mudo y sombrío,
Se eleva un sentimiento que parece
Un manantial de luz entre un abismo.

En los días nublados del tormento,
En las noches calladas del martirio,
En tres años de angustias y de afanes
Que he contado las horas de tres siglos,
Siempre luchando,
Siempre vencido,
Las nieblas de la duda obscurecieron
El cielo transparente de mi espíritu.

La fe, que eleva el sentimiento humano
Hasta la esfera del poder divino ;
Que convierte en la aureola de la gloria
La corona de espinas del martirio ;
Que hace gigantes
De los caídos,
Agrandando la talla de las víctimas
A medida que crece el sacrificio ;

Ese sol que ilumina la conciencia
Difundiendo su luz en lo infinito,
Y que esparce el calor de la esperanza
En el frío rincón del desvalido ;
Ese astro hermoso,
Fuego divino,
Lanzaba del ocaso de mi alma
Un resplandor amarillento y tibio.

Pero un soplo tan puro y perfumado
Que parece de un ángel el suspiro,
Viene á encender del astro agonizante
En mi existencia los fulgores vívidos ;
En ese templo
Casi derruído,
Hoy las dulces plegarias del consuelo
Vuelven á alzarse con acentos místicos.

En un bosque de acacias, donde el aura
Canta en la noche melodiosos himnos
Para arrullar el sueño de las flores,
Como arrulla una madre el de sus hijos,
Está mi rancho,
Mi pobre nido,
Perfumado en esencias de jazmines,
Salpicado de gotas de rocío.

Allí vivía sin saber más penas
Que las que cuenta en su murmullo el río,
Ni más dolor que el que expresar parecen
Con su extremada palidez los lirios,
Hasta que el monstruo
De mi destino,
Hizo temblar aquel edén de flores,
Lanzando en él aterrador rugido.

Brotando fuego sus sangrientos ojos,
Al ciego impulso de su furia erguido,
Me asió en sus garras con furor salvaje
Y hundió en mi carne su feroz colmillo;
Luché sin miedo,
Luché con brío,
Hasta exhalarse mi esperanza toda
Del desencanto en el mortal vahido.

Como el adiós que se le da á la tumba
Cuando enterrar el corazón sentimos,
Le dí un adiós á mi modesta choza,
Querida tumba de mi bien perdido;
Y mudo y triste
Dejé mi asilo
Para buscar bajo tu cielo calma,
Para buscar sobre tu tierra alivio.

Mas ¡ ay ! que siempre el implacable monstruo
En mí se ceba con feroz ahinco !
Como gemía en mi querida choza,
Bajo tu cielo, Buenos Aires, gimo:
Mi cuerpo se halla
De muerte herido,
Pero mi alma se retempla y vive
Bajo la influencia de un calor suavísimo.

Y ese calor que mi existencia halaga,
Llama fecunda de celeste brillo
Que á Dios se eleva entre perfumes suaves
Desde el sepulcro de mi cuerpo frío,
Fuego sagrado,
Rayo bendito,
Que sentía morir dentro mi pecho,
El aliento del tuyo lo ha encendido!



Desencanto

Á Carmen

Ah ! tú no puedes desgarrar el velo
De la tristeza que me abruma el alma,
No, tú no puedes disipar las sombras,
Que se dibujan en mi frente pálida.

Cuando á las flores en sus tallos doblan
De la tormenta las furiosas ráfagas,
Es imposible, encantadora amiga,
Que el aura pueda con su soplo alzarlas.

Y tú no puedes levantar mi vida,
Flor que deshoja tempestad humana,
Porque el aliento que en mi sér difundes
Es ¡ ay ! tan débil como lo es el aura.

No más te empeñes en tejer alfombras
De ricas flores á mi pobre planta,
Porque yo sé que mi existencia triste
Arrastraré por sobre espinas ásperas.

Todo es mentira, bondadosa Carmen,
Todo quimeras y promesas vanas,
Cuando se encierra nuestra fe en el pecho
Como el cadáver bajo fría lápida.

Y dentro el mío la esperanza vive
Como la flor que el huracán arranca,
Como la imagen del dolor de siempre,
Como el cadáver en la tumba helada.



Me estoy muriendo de amor

Á Modesta

¿Te acuerdas de aquella rosa
De perfume embriagador,
Que una noche silenciosa
Me ofreciste temblorosa
Y encendida de rubor?

¿Te acuerdas? Pues bien, amiga,
En el cáliz de esa flor
Algún hechizo se abriga
Que á confesarte me obliga
Que estoy muriendo de amor.

Muero, Modesta, por ella,
Más bien dicho, por las dos,
Pues de esa flor que descuella
Entre las demás por bella,
Ha creado tu imagen Dios.

Oh ! sí : mi razón se inclina
Que es tu imagen á creer,
Pues la flor que me fascina
Tiene en su esencia divina
El aroma de tu sér.

Si fijo en ella los ojos,
El carmín de tus sonrojos
Creo en su pétalo hallar,
Y si su perfume aspiro,
De tus labios el suspiro
En su perfume encontrar.

¿ Cuál es la que el cruel imperio
Ejerce con tal misterio
Sobre mi alma ? Por favor,
Dímelo, porque yo quiero
Saber al menos, si muero,
Por quién me muero de amor.

Y moriré porque siento
Que crece más mi tormento
Su belleza al contemplar;
Y es tan bella, que prefiero
Sufrir la muerte primero
Que dejarla de mirar.

¿ Cuál es la que el cruel imperio
Ejerce con tal misterio
Sobre mi alma ? Por favor,
Dímelo, porque yo quiero
Saber al menos, si muero,
Por quién me muero de amor.



La casita blanca

En el álbum de Anita Onrubia

¿Te acuerdas, hermosa amiga,
De aquella casita blanca
Casi oculta entre las flores,
Los árboles y las zarzas?

¿Del nido aquel do crecías
Tan tierna, sencilla y casta,
Como en sus nidos de yerbas
Las palomitas torcazas;

Donde el maternal cariño
Daba alimento á tu alma
Con la mies de sus consejos,
De su virtud con la savia?

¿ Ya no recuerdas el templo
De tus impresiones castas,
Donde tus labios dijeron
Á Dios la primer plegaria ?

Allí, tus puros suspiros
Hasta el Señor se elevaban,
Como el incienso bendito,
Desde el altar de tu alma.

Allí, nunca el negro cuervo
Del dolor, posó sus garras ;
Sólo el ave de la dicha
Batía sus blancas alas.

¿ No te acuerdas ya del sitio
Donde contenta pagabas
La bendición de tus padres
Con un ósculo en sus canas ?

Ni de la sombra del árbol,
Debajo de cuyas ramas
Iba, en las tardes de estío,
Á besar tu frente el aura ?

Ni del placer con que oías
Los cantos que en tu ventana
Entonaban los jilgueros
Á la suave luz del alba ?

Oh ! sí, porque esas delicias,
Esos goces de la infancia,
Son estrofas de un poema
Que ha escrito Dios en el alma !

Son sus bellas armonías,
Tan dulces, tan delicadas,
Que el que una vez las percibe
No puede nunca olvidarlas.

¿ Y cómo olvidar, Anita,
Que ellas tu existencia encantan,
Si eres tan pura y sencilla
Cual las palomas torcazas
Que hacían nido de yerbas,
Allá, en tu casita blanca !



¿Cuándo vuelves á tu patria?

A mi simpática amiga Agustina Andrade

Irradiación de ese astro
Que, al través de la distancia,
Disipa con sus fulgores
Las tinieblas de mi alma:
¿Cuándo vuelves á tu cielo
A derramar tu luz plácida?

Azucena de ese huerto,
Donde los ángeles bajan
A hacer coronas de flores
Para ornar sus frentes castas:
¿Cuándo vuelves á tu tallo
A dar perfumes al aura?

Tierna virgen de ese templo
De dulcísimas plegarias
Donde, entre nubes de incienso,
La fe hasta Dios se levanta:
¿Cuándo vas á tus altares
A difundir la esperanza?

Bella torcaz de ese bosque
Que ostenta sobre su espalda
Un verde manto, cubierto
Con perlas que llora el alba:
¿ Cuándo vuelves á tu nido
A tender al sol tus alas ?

Onda de luz de ese lago
Donde las sirenas cantan
Y el ángel de los amores
Tiernos suspiros exhala :
¿ Cuándo vuelves á tu lecho
Rodeado de espumas blancas ?

Luz, azucena, paloma,
Virgen y onda perfumada,
¿ Cuándo dejas este suelo
Para volver á tus playas ?....
¡ De los ángeles del mundo,
Allí, Agustina, es la patria !

Buenos Aires, Agosto de 1876.



En la muerte de Rosario

Vas á partir : la triste despedida
Que pronuncia mi labio en tu partida,
Es á mi dicha el postrimer adiós.
Muerta tú, rodarán hasta la fosa
Los suspiros de mi alma pesarosa,
Tristes, siguiendo de tu huella en pos.

Quién creyera, Rosario, que un momento
Pudiera aniquilar del sentimiento
Esa chispa que en tu alma se inflamó,
Derramando en tu joven existencia
El calor de una vida que en la esencia
Del bien y la virtud se perfumó.

Quién creyera, Rosario, que un segundo
Fuera capaz de arrebatar al mundo
Su luz, su seducción, su porvenir ;
Porque la luz que en tu pupila ardía,
En el éter del mundo difundía
El anhelo de amar y de vivir.

Y, ¡ horrible realidad ! en un instante,
El hielo de la muerte en tu semblante
Ha empañado su límpido esplendor ;
Ha trocado la flor de su belleza
Por las mustias que adornan tu cabeza
Símbolos de la muerte y del dolor.

Ayer, en el banquete de la vida,
Se ofrecía á tus ojos, sin medida,
La copa deleitosa del placer ;
Tus labios sonrïentes la besaron
Y á la gota primera que libaron,
Rota la vistes á tus pies caer.

Ayer no más, realzando tus hechizos,
Jugaba el aura con los negros rizos
Que acariciaban tu nevada tez,
Imitando el contraste misterioso
Del rayo de la luna esplendoroso
En medio á la nocturna lobreguez.

¡ Horrible realidad ! Ayer, henchida
De dulces esperanzas y de vida,
Escuchabas con férvida pasión
La voz que hoy, en esta sepultura,
Ahogada por las lágrimas murmura
Un adiós que me parte el corazón.

Adiós ! — si acaso á mi fatal estrella
Desviar mis plantas de tu ansiada huella
Desde la altura donde moras ves,
Pide al Eterno que también sucumba :
¡ Ay ! prefiero la vida de la tumba
A la muerte de estar donde no estés !



Mi alma

Como una tumba sombría,
Muda, triste y solitaria,
Ha quedado entre las sombras
Del desencanto, mi alma,
Desde que no la iluminas
Con la luz de tu mirada,
Desde que no la seduces
Con la expresión de tus gracias.
Desde aquella triste noche
Que entre suspiros y lágrimas
Me juraste amarme siempre
Como hasta entonces me amabas ;
Desde aquella triste noche
En que murió mi esperanza
Al ocultarse á mis ojos
El fuego de tu mirada ;
Desde entonces, amor mío,
Muda, triste y solitaria,

Ha quedado entre las sombras
Del desencanto, mi alma.
En vano busca el perfume
Del amor que la embriagaba,
Y que aspiró de tus labios
En sus amorosas ansias.
En vano escuchar intenta
El eco de tus palabras,
Que en dulcísima armonía
Quejas de amor murmuraba.
Quiere en vano por el cielo
Del amor tender las alas,
Desde que falta á su vida
El aire de la esperanza.
Como una tumba sombría,
Muda, triste y solitaria,
Ha quedado entre las sombras
Del desencanto, mi alma.



¡ Loco de amor!

Que estoy loco, me dices : no lo niego,
Te lo confieso, hermosa, sin rubor,
De tus miradas me consumo al fuego,
Loco de amor !

Y en medio de mi angustia y mi delirio,
Creo mirar tu rostro seductor,
Que es el origen de mi cruel martirio,
Loco de amor !

Y sonríen tus labios con dulzura,
Y se cubre tu frente de rubor,
Y me arrojo á tus plantas con ternura,
Loco de amor !

Uno á uno los surcos de mi frente,
Grabados por la mano del dolor,
He contado, y me he dicho tristemente :
Loco de amor !

Cuando se extinga de mi vida el fuego,
Y mi alma vuele á otra mansión mejor,
Al que tus ojos han dejado ciego,
Loco de amor !

Recuerda siempre con pesar, con llanto,
Pon en su tumba una marchita flor,
Allá en la tarde, con anhelo santo,
Loca de amor !



La Luna

Á Emilio Onrubia

¡ Qué noche tan sombría !
¡ Qué noche tan callada !
Ni una estrella en el cielo,
Ni un rumor en el aura :
En lo lóbrega y triste
Se parece á mi alma !

¿ Dónde estará la luna,
La hermosa virgen pálida
Que, con rosados tules,
Ó con celestes gasas,
Adornaba su frente
Melancólica y blanca ?

¡ La luna ! Qué recuerdos
Sobre mi sien derrama
Esa beldad que el rostro
Se contempla en el Plata ;
Espejo cuyo marco
Es de perlas y nácar !

¡ La luna ! ¿ También ella
Adora la inconstancia,
Y al que de su semblante
Ayer la luz le daba,
Hoy lo deja en las sombras
Volviéndole la espalda ?

¿ Es como el hombre, acaso,
Que sólo al lado se halla
De aquel que la fortuna
Cobija con sus alas,
Y huye del que se encuentra
Caído en la desgracia ?

Oh ! no, jamás la luna
Se aleja de las lágrimas :
Al lado del que sufre
Constantemente se halla ;
Es por eso que siempre
La invocan los que aman.

El infortunio ajeno
Consuela y lo acompaña ;
Por el dolor, al mundo
Se encuentra ella ligada ;
Por eso vive triste,
Por eso está tan pálida.

¿ Qué corazón no tiene
Recuerdos de una ingrata
Que, al rayo de la luna,
Llorando le juraba
Que él era solamente
De su pasión la causa ?

¿ Qué ingrata no conserva
Recuerdos de las lágrimas
Que, al rayo de la luna,
Su amante derramaba
Sabiendo que ella era
Perjura á su palabra ?

¡ La luna ! Fiel amiga,
Que en mi existencia infausta
Me envía en sus destellos
Sus radiaciones lánguidas
Que de mi frente alejan
Las sombras funerarias.

¿ Por qué esta noche, entonces,
No envía su luz plácida
Á iluminar el cielo,
Y á consolar el alma
De aquellos que sentimos
Morir nuestra esperanza ?

¡ Es que tal vez ahora
Distante de aquí se halla,
Alumbrando la choza
De una madre angustiada
Que dice adiós al hijo
Que la patria reclama !

¿ Qué será de nosotros,
En esta noche aciaga,
Si de esa tierna amiga,
El consuelo nos falta ?
¡ Solos con nuestras penas,
Solos con nuestras lágrimas !

Oh ! no, no estamos solos
Cuando en el mundo hay almas
Como la tuya, Emilio,
Que atrae la desgracia,
Y no creen que del hombre
El infortunio mancha.



Adiós al carnaval

Suspended, bellas, los giros
Del vals arrebatador,
Y dad tregua á los suspiros
Que al alma roba el amor;

Pues no es justo que perdidos
Del baile en la confusión,
Sientan los « Aparecidos »
Los ecos de su canción.

Bajo el aspecto impasible
Que revela el antifaz,
Se oculta, hermosas, un fuego
Que en vano ansiamos pintar;
Un fuego que vuestro aliento
De jazmines y azahar,

Ha difundido en nuestra alma
En noches de carnaval.
Cuando á impulsos de la orquesta,
Y en los columpios del vals,
Os mecéis cual las palmeras
Gallardas del Paraguay;
Entonces, bellas huríes,
Nada vale el antifaz,
Pues de nuestra alma el acento,
Que imposible es disfrazar,
Os dice que vuestros ojos,
Vuestro aliento virginal,
Nos han robado la calma
En noches de carnaval.

Suspended, bellas, los giros
Del vals arrebatador,
Y dad tregua á los suspiros
Que al alma roba el amor.

Y envueltas en las sonrisas
De esos labios de coral,
Haced que lleven las brisas
Nuestro ¡ adiós ! al carnaval.



¡ Jamás !

Hay una hora misteriosa y triste
Para el que vaga en extranjero suelo,
En que la tierra sus encantos viste
De las tinieblas con el denso velo ;

En que se oculta el luminar del día
Dejando sombra, soledad y calma,
Y más triste que el ¡ ay ! de la agonía
Se siente un eco que nos llega al alma.

¡ Oh ! cuando veo que el reloj empieza
Esa hora sombría á señalar,
Oculto entre mis manos la cabeza,
Temiendo al mundo mi dolor confiar.

Y siento que mis ojos se humedecen,
Que el llanto baña mi marchita faz,
Que en mis trémulos labios aparecen
Estas palabras: ¿La veré?.... ¡jamás!



La mujer que adoro

Hay más poesía en la mujer que adoro
Que la que esparcen de la luna pálida
Esas hebras de luz que en el espacio,
El viento de la noche desparrama ;
Pues son los sentimientos que iluminan
El purísimo cielo de su alma,
Más suaves, melancólicos y tiernos
Que los destellos que la luna mana.

Hay más pudor en sus divinos ojos
Que del amor en la primer mirada,
Y más perfume en sus rosados labios
Que el que las flores en la noche exhalan ;
Su nombre es la armonía que semeja
Un poema de amor y de esperanza :
Algunos dicen que se llama Pura,
Mas yo la llamo la mitad de mi alma !

Ampáralos, Señor!

Detén, Dios mío, la segur impía
Que hoy descarga la muerte con furor
Sobre los hijos de la patria mía ;
Ampáralos, Señor !

Deténla, y muestra en el azul del cielo,
Do se ostenta tu trono de esplendor,
Un rayo que disipe del flagelo
La sombra y el horror.

¡ Oh ! para todos compasión te pido ;
Que ampare á todos tu divino amor ;
Al que más hondo sin piedad me ha herido,
Ampáralo, Señor !



Tu amor y mi patria

Cuando en la noche, dolorido el cuerpo,
Y más que el cuerpo, dolorida el alma,
Ante mis ojos somnolientos veo
Abatida la imagen de mi patria;
Desde la yerta tumba de mi pecho
Triste suspiro el corazón exhala,
Que, más que de mi patria los recuerdos,
El de tu imagen sin cesar me arranca.

Cuando el clarín, con eco que parece
La tristísima voz de una plegaria,
Nos convoca á formar con nuestros pechos
Una muralla á la enemiga bala;
Entonces, alma mía, de la muerte
El sombrío recuerdo no me espanta,
Y me anima á esperarla batallando
La imagen de tu amor y de mi patria.

Si la suerte variable de la guerra
No se muestra propicia á nuestras armas,
Y en lugar del laurel de la victoria
Una tumba la lucha nos depara;
Al pie de la bandera que hoy flamea
Por el viento del triunfo acariciada,
Exhalaré mi postrimer suspiro
Por tu amor, alma mía, y por mi patria!



Á Paisandú

Los siervos que obedecen del látigo el chasquido,
Que tienen de cobardes la talla, el corazón,
Con atrevida planta hollar han pretendido
La tierra de los libres, la tierra en que han nacido
Los héroes inmortales de Sarandí y Rincón.

Es esa misma chusma raquítica y canalla
Que vino su impotencia cobarde á demostrar,
Cuando al pisar triunfantes en su nativa playa
Los treinta y tres patriotas, en desigual batalla
Hicieron hasta el polvo su frente doblegar.

Es esa misma chusma, de crímenes sedienta,
Que ahogar quiere con sangre su pérfida ambición,
Que intimidar pretende á un pueblo que se alienta
Al recordar sus triunfos en medio á la tormenta
Que hiciera el estampido y el rayo del cañón.

Pero ¡ ay ! que en esos muros el déspota insolente
Que quiere esclavizarlos, su fuerza ha de estrellar,
Y ha de sentir quebrarse en su altanera frente,
Lanzados por la mano de un pueblo independiente,
Los grillos que á sus plantas osare remachar.

¿ Qué importa que esos muros con doble fuerza asalten
Los que alzan en sus manos la enseña del baldón,
Si para rechazarlos, cuando metrallas falten,
Los cráneos que en pedazos en la batalla salten
Le servirán de tacos de Paisandú al cañón !



A una oriental

Perfumes de violetas y jazmines,
Arrullos de paloma acongojada,
Resplandores de un astro melancólico,
Ternura y suavidad de una plegaria:
Todo lo encierran,
Todo lo exhalan,
Las sentidas estrofas de tu canto,
Esos salmos celestes de tu alma.

A su ritmo el espíritu se eleva
Como á impulsos de música sagrada
Se elevan en el templo los perfumes
De la fe, la oración y la esperanza;
Cuando se sienten
Sus notas plácidas
Se llora de ternura y de contento,
Y los ojos al cielo se levantan.

Hay en ellas promesas de ventura
Ungidas con el óleo de las lágrimas,
Cadencias de una voz entristecida
Que en una noche de infortunio canta ;
Suspiros tiernos
De leves alas,
Que se agitan en torno de mi frente
Disipando las sombras que la empañan.

Ah ! cuando sientas de una vida enferma
El ¡ ay ! que el dardo del dolor arranca,
Toma la lira entre tus manos de ángel
Y haz que solloce en armonías blandas :
Arrulla siempre,
Paloma casta,
A los que tienen que vivir sufriendo,
Que tus arrullos los dolores calman !

Buenos Aires, Octubre de 1876.



Una historia

Voy á escribirte una historia
Que hace tiempo que grabada
La tengo, como un secreto
Del corazón en las páginas.

Es tan triste, que al leerla
Siento que de mí se escapa
A cada coma un suspiro
Y á cada punto una lágrima.

Te ruego que no la rompas
Si su lectura te enfada,
Porque al hacerla pedazos
Harás pedazos mi alma.

Del árbol del infortunio,
Yo soy la flor deshojada
Que el perfume de la dicha
Le han quitado las borrascas.

Con el cuerpo dolorido
Y el espíritu sin calma,
Llegué á este suelo buscando
Un alivio, una esperanza.

Una noche que en mi frente
Tristes ideas vagaban,
Como mariposas negras
En torno á una rosa blanca ;

Con el tinte azul del cielo
Y con el llanto del alba,
Escrito encontré un poema
En las líneas de una carta.

De sus estrofas, que tienen
El ritmo de la plegaria,
Brotan aromas de flores,
Nacen notas perfumadas.

Es imposible leerlas
Sin notar que se levanta
De sus cadencias un ángel
Batiendo sus leves alas.

Desde aquella noche siente
Mi corazón..... pero, basta !
¿ Qué te importa á ti la historia
De mi vida desgraciada ?



El pueblo mártir

Dormía ? no, no dormía,
Sobre su lecho velaba
Rogando á Dios por sus hijos,
La noche de la batalla.

La luna con su destello
Disuelto en hebras de plata,
Sobre su frente esparcía
La claridad de una lámpara.

El perfume de las flores
Donde reclina su espalda
Y el murmullo de las ondas
Que gimen bajo su planta,

Eran la música triste,
Eran la mirra quemada,
Confundidas con sus ecos
En el altar de la patria.

No dormía: en el silencio
De aquella noche velaba
Por el triunfo de sus hijos,
Alzando á Dios su plegaria.

Mas ¡ ay ! que mientras su acento
Lleno de fe y esperanza,
La idea de la justicia
Y la libertad encarna,

Detrás del cercano monte
El fiero enemigo se halla,
Con el puñal del bandido
Acechando su garganta.

Hizo el clarín de los héroes
Vibrar el toque de diana,
Y con feroz alarido
Contestó la chusma airada.

Como una nube sombría
Que en el espacio se inflama,
Se iluminó el horizonte
Con rojiza llamarada.

Era el mortífero fuego
De la primera descarga
Que hacían al pueblo mártir
Los verdugos de su patria.

Y el Paraná no rugía !....
¿ Qué fué de sus hondas bravas,
Que no dejaron su lecho
Para tragar tanta infamia !



Noches de insomnio

No he dormido ! La luz de sus ojos
De los míos el sueño alejaba :
Ah ! quién duerme á la falda del Etna
Si arroja su lava !

Con las manos en vano cubría
Mis pupilas en fuego abrasadas ;
Al través de la carne, sus ojos
Mis ojos quemaban.

De su rostro en el pálido cielo
Parecían dos negras borrascas,
Arrojando en miradas de fuego
Los rayos de su alma.

He pasado tres noches de insomnio
Con su vista en mi vista clavada....
Ah ! quién duerme á la falda del Etna
Si arroja su lava !

Á San Martín

I

No podía morir ! Cupo en la tumba
La gigantesca talla de su cuerpo;
Para encerrar su nombre y su memoria,
El hogar de la muerte era pequeño !

No cabía su espíritu grandioso
En la mansión eterna del silencio !
Como el alma de Dios, necesitaba
El espacio sin límites del cielo !

Aquel cóndor altivo que surgía
De entre las nubes de rojizo fuego,
Para tejer su nido de laureles
De los cañones en los hondos huecos ;

Aquel brazo potente, que de España
Hizo temblar el formidable cetro,
Y que en la nieve de los altos Andes
Iba á templar su deslumbrante acero;

Aquella alma celeste que exhalaba
Todo el calor de un celestial incendio
Cuando henchida de gloria se cernía
De las batallas sobre el humo denso.

Cayó en la tumba, como caen los astros,
En el sudario de su luz envuelto;
Cayó para dejar sobre la tierra
La memoria inmortal de sus destellos!

No se extinguió, dentro del sepulcro helado
La irradiación de sus gloriosos hechos,
La libertad la recogió en sus alas
Para alumbrar su esplendoroso templo!

Ante ella dobla su altanera frente
Para pedirle inspiración, el genio,
Y va la patria á retemplar su vida
En sus instantes de dolor supremo!

Héroe inmortal! Al recordar tu nombre
Chispear el alma de entusiasmo siento,
Y en vano intenta modular mi lira
De tus victorias el sublime estruendo!

¿Qué extraño que arda al resplandor del tuyo,
Como un volcán, mi enardecido pecho,
Si hasta las piedras en Maipú incendiaba,
Batiendo el casco tu corcel guerrero!

II

Ah ! quién pudiera levantar la vida
Sobre esas nubes que acaricia el viento,
Y en luz de estrellas y ternuras de ángel,
Bañar el arpa y arrullar tu sueño !

Beber de Dios, en la inspirada frente
El blando acorde de su ritmo eterno
Para decirle, en inmortales himnos,
Que tu memoria, San Martín, no ha muerto !



Violetas

Á Lola Barraza

No creas que humedezca con mis lágrimas
Las humildes violetas que te ofrezco;
Yo no lloro jamás, cuando en la tumba
Abismo el corazón y el pensamiento !

¿ Y cómo he de llorar, si allí tan sólo
La realidad de un ideal encuentro :
Onda de luz que se apagó en el mundo,
Entre los miasmas de podrido cieno ?

Tú, salvando la frente, de ese fango
Que se ha extendido del hogar al templo,
Has llegado al sepulcro, siendo un ángel
De alas capaces de escalar el cielo !

¿Por qué, pues, derramar sobre las flores
Que á tu cariño inolvidable tejo,
El llanto que merecen sólo aquellas
Que no pueden morir como tú has muerto !



Los náufragos del mundo

¿ No los veis, con los ojos sepultados
En sus órbitas negras,
Como abismos de luz que resplandecen
En noche de tinieblas ?

¿ No los veis, derramando en la mirada
Su agitación suprema,
La agitación del náufrago que siente
La ola que se acerca ?

¡ Ahí están : son los náufragos del mundo,
Batidos por las penas,
Que han caído en el mar de la desgracia,
Ese mar sin riberas !

¡ Luchan solos, asidos á la tabla
De una esperanza incierta
Que sus almas sostiene en el combate,
Y es tal vez la postrera !

En el pálido mármol de sus frentes,
La sombra se proyecta
De un pensamiento, como negro lazo
Que los ata á la tierra :

El recuerdo querido y doloroso
De la mansión materna,
De ese cielo tranquilo cuyos astros
No apagó la tormenta ;

De ese cielo que vive en la memoria,
Como Dios en la idea,
Donde se vuelve el alma del que sufre,
Y al que tal vez no vuelvan!...

¡ Ah ! mirad cómo clavan sus pupilas
En la extensión desierta,
Buscando algunos ojos que en los suyos
Sus sufrimientos lean.

Buscando algunos labios que contesten
A sus súplicas tiernas :
Un corazón buscando, que el idioma
Del infortunio sepa.

¡ Pero en vano, que el monstruo de la tumba
Sólo escucha sus quejas,
Dilatando su boca inmensurable,
De humana carne hambrienta !

¡ Están solos ! la ola del destino
Se levanta tremenda,
Y al descargar el golpe de la muerte,
Se rompe en sus cabezas !

¿ No los veis ?—Son los náufragos del mundo,
Batidos por las penas,
Que han caído en el mar de la desgracia,
En ese mar sin riberas !

1877.



Ay de ti!...

No me hieras así.... ¿ No ves que corre
A raudales la sangre de mi pecho ?
¿ No ves que en esa sangre se derrama
Toda la vida de un amor del cielo ?

Déjame que combata con la suerte,
Atado á la cadena de mi lecho,
Sin ahondarme la herida que en el alma
Como una tumba ensangrentada llevo !

Ve á descargar el golpe de tu encono
Sobre quien pueda defenderse, al menos :
Asestarlo á mi vida es tan cobarde
Como lo es apuñalear á un muerto !

¡ No me vuelvas á herir, porque la sangre
Con odio y hiel envenenada tengo,
Y ¡ ay de ti si la frente te salpica
Una gota, no más, de ese veneno !



Imposible!...

En el álbum de la señora Clemencia R. Zeballos

¿ Sabes quién soy ? ¿ Jamás hasta tu oído
Ha llegado el rumor de la batalla
En que mezclado al grito de : ¡ adelante !
Exhala el estertor de una esperanza ?

¿ Jamás tu corazón se ha estremecido
Al sentir el lamento de mi alma,
Derramado en la fúnebre armonía
Que solloza en las cuerdas de mi arpa ?

¿ Por qué quieres que nuble con la sombra
Que envuelve mi existencia desolada,
La luz que de tu frente y de tu nombre
Centellea en el cielo de estas páginas ?

¿No has mirado mis ojos en las horas
En que, deshecho en tempestad de lágrimas,
Se asoma á mis pupilas el recuerdo
De mi hogar, de mi madre y de mi infancia?

Madre, infancia y hogar!.... Oh! en tu álbum
No hay espacio en que quepan mis palabras....
El inmenso dolor que les da vida
Sólo puede caber en mi desgracia!

Deja al muerto en su tumba! no es posible
Que sus frías cenizas, olvidadas
Del corazón de Dios y de los hombres,
Sobre las hojas de tu libro esparza.



Lucha

Yo tenía un hogar pequeño y pobre ;
Digna cuna del mártir y del paria,
Sin techo en la tormenta de su suerte,
Sin pan en su hambre, y en su sed sin agua!

Era un humilde nido, casi oculto
En las frondosas y flexibles ramas
De un bosque de fragantes madreselvas,
Albos jazmines y encendidas dalias.

En su estrecho recinto no cabía
La pequeñez de la grandeza humana,
Pero ofrecía ilimitado espacio
A la gigante aspiración de mi alma !

Ebrio de corrupción, jamás el mundo
Hizo estallar en él su carcajada,
Ni en su celeste atmósfera fué el vicio
A derramar sus repugnantes miasmas !

Allí abrían las rosas sus capullos
A la caricia de la luz del alba,
Como al calor de los primeros besos
Se abren los frescos labios de la infancia.

Embriagados de esencia, los jazmines
Sobre sus verdes tallos se inclinaban ;
Encorvados ancianos parecían,
Envueltos en la nieve de sus canas !

Como regia diadema de brillantes,
Que centellea en una frente casta,
Las luminosas gotas de rocío
Sobre la flor del azahar chispeaban.

Los perfumes, la luz, la melodía
Del canto del zorzal y la calandria....
Todo formaba un colosal poema
En aquel libro de pequeñas páginas !

Deslumbrado una tarde por el brillo
De sus hermosas y radiantes galas,
Ví de pronto caer una paloma
Bajo la fuerza de sangrienta garra !

Era mi juventud, rica de ensueños,
Ilusiones, anhelos y esperanzas,
Que el buitre del dolor acometía
Con sed de sangre y convulsión de rabia !

Desde entonces arrastro la cadena
Que oprime mi existencia desolada,
Luchando día á día sin rendirme,
Con el hambre, la sed y la desgracia !

No es posible triunfar ! pero que al menos,
Cuando en el polvo de la tumba caiga,
Sepan que no he ganado los laureles,
Ocultando la frente en la batalla !



Á Lirdia.

Me llaman el dolor, ayer dijiste,
Sepultando en mis ojos la mirada,
Y yo no quise pronunciar mi nombre,
Porque, ¿ quién no conoce á la desgracia ?

Hoy que en el ruido de la alegre fiesta
He sentido sonar tu carcajada,
El corazón me ha dicho sollozando
Que la alegría es como tú te llamas.

Herido por su voz, mi sentimiento
Ha caído en la tumba de mi alma,
Y ha encontrado tu risa profanando
El cadáver de mi última esperanza.

Tú no eres el dolor ; tú eres el astro
Que desde el cielo del placer irradias,
Arrojando en la noche de mis penas
Un sarcasmo de luz sobre mis lágrimas.



Pobres

Pobre ! dicen algunos,
Así, con cierto tono de desprecio,
Al mirar la cadena
Con que ata la parálisis mi cuerpo.

Y yo exclamo al oírlos,
Con el desdén que nos inspira el necio :
Más pobres sois vosotros
Que tenéis paralítico el cerebro !



Á Jesús

No voy á tu Calvario, padre mío,
A implorar tu perdón,
Porque también mi cuerpo está clavado
En la cruz del dolor.

Por la profunda herida que en mi pecho
La ingratitud abrió
Siento que arroja sangre de esperanzas
Mi enfermo corazón!

Y mi pálida frente se ha inclinado
Al peso abrumador
De una dura corona: los recuerdos
Del tiempo que pasó!...

Pero desde la cruz de mi martirio
Te envío mi oración :
¡ Ampara en las tormentas de la vida
El hogar de mi amor !



Amor celeste

Á Rafael Obligado

I

Qué hermosa es ! De entre la sombra densa
De su oscura pestaña,
Se levanta la luz suave, apacible,
De su tierna mirada.

No es el brillo del sol el de sus ojos,
Es el brillo del alba ;
Si tuvieran aquél, tendrían fuego,
Los suyos tienen lágrimas !

No es su rostro el clavel enrojecido,
Es la azucena blanca :
Esa pálida flor que vive enferma
De sufrir por el aura !

Siente el amor del ángel, y su espíritu
En el de Dios se baña ;
Sus ideas son luz, parece, al leerlas,
Que un astro centelleara !

No la busquéis en el salón del baile,
Esa orgía del alma ;
Buscadla en el hogar, que allí el banquete
De la virtud se halla !

Es oración, incienso, flor y canto
De inmortal esperanza :
Cuando se piensa en ella, se dibuja
Algo eterno en la nada !

No se la puede odiar ! Sus sentimientos
Aunque duelan, se aman ;
Son como las espinas de las rosas,
Que hieren y no enfadan.

La conocéis ? La luna no es más tierna,
Ni tampoco más pálida,
Con su vestido blanco se asemeja
A una visión soñada.

No deslumbra su frente con el brillo
De valiosa guirnalda ;
Los jazmines y nardos, son las flores
Que á su cabello enlaza.

De su voz, la expresión de un pensamiento
Melancólico mana ;
Se parece al arrullo de la tórtola,
Que entristece y encanta.

Una noche la ví..... Sentí la frente
Batida por el ala
De un recuerdo, poema de otra vida,
Que en la tumba se encarna.

El amor inmortal, la fe infinita,
Derramó en sus palabras !....
La María de Isaacs sonrió en el cielo,
Y la llamó su hermana !

Todo lo iluminó !.... Miré el espíritu,
Como celeste llama,
Elevarse del polvo del sepulcro
A su primer morada.

Todo lo vislumbré ! Mi pensamiento
Deshizo la muralla
Que, entre el mar de la tierra y el del cielo,
Sombría se destaca.

Y la fe, como estrella que clarea
En noche de borrasca,
Disipó las tormentas de la duda
Que mi vida azotaban.

Desde entonces creí : nació en su labio
La verdad anhelada,
La verdad de su amor, el lazo eterno
Que á lo inmortal me ata !

Desde entonces amé, porque su boca,
Como las flores, casta,
Me enseñó que hasta Dios el alma sube
Si el amor la levanta !

Y siento desde entonces algo grande,
Que la tierra no abarca,
Que no cabe en los límites del mundo,
Que en la tumba no acaba !

Algo que, en el calvario de mi vida,
De la cruz me desata,
Que trueca las espinas del martirio
En la gloriosa palma !

Sentimiento inmortal ! Celeste dicha
Que vence á la desgracia !
E único girón de la bandera,
Triunfante en la batalla !

II

Poeta, si las aves y las flores
A que cantáis no os bastan ;
Si busca una oración para sus cuerdas
Dulcísimas, vuestra arpa ;

O si anhela un perfume semejante
Al perfume que exhala
El humo de la mirra que en el templo,
Ante Dios se derrama ;

Enlazad la armonía de su nombre
A vuestra lira mágica,
Y sentiréis alzarse con sus notas
Perfumes y plegarias.

Es oración, incienso, flor y canto,
De inmortal esperanza !
¿ La queréis conocer ? En el santuario
De la virtud buscadla.

1877.



Te acuerdas?

El baile estaba espléndido, — recuerdas ?
Deslumbrante el salón ;
La atmósfera impregnada de perfumes
Y suspiros de amor !

Era un cielo : sus nubes, — los vestidos
De nevado crespón ;
Sus astros, — las hermosas que danzaban,
Y tus ojos, el sol !

Allí te ví..... y, por la vez primera,
Mi corazón tembló !....
¿ Qué fué lo que te dije y me dijiste
Que te llamé : « mi Dios » !

¿ Qué abismo la pupila de tus ojos
A los míos abrió,
Que las sombras del vértigo envolvieron
La luz de mi razón !

Ah ! yo no sé lo que mi labio dijo.....
No recuerdo qué habló !....
Sólo sé que tenía toda el alma
Pendiente de tu voz !

Y que, al querer huir de aquel abismo
Que mi vida absorbió,
Sentí que hasta su fondo, hecho pedazos,
Rodaba el corazón !



La batalla de la vida

Tremenda es la batalla ! No se cae
Envuelto en la bandera
Que, agitada por ráfagas de gloria,
Ondula en la pelea !

Horrible es el combate ! No se sienten
Las músicas guerreras,
Ni la mágica voz de los clarines
En el alma resuena !

No se exhala la vida bajo el rayo
Que surge en la tormenta
Del trueno del cañón, y como aurora
Del triunfo centellea !

No se lucha esperando, porque nada
De la tumba se espera ! ....
Ni el gajo de laurel donde los héroes
Reclinan la cabeza !

No se siente la voz con que el espíritu
Se anima en la contienda,
Ni el astro de la gloria en el martirio
Su claridad proyecta !

Ah ! se muere ! .... ¿ se muere ? No, mentira !
Ni se muere siquiera ;
Se vive con el alma agonizando
Y la esperanza muerta !

Abril de 1878.



A Lola Zinny.

No has cumplido tres lustros y ya tienes
Herido el corazón !....
Ah ! no puede vivir, sin marchitarse,
Sobre el fango, la flor !

Qué tristes son tus versos ! se asemejan
A los rayos del sol
Que envueltos en la sombra de la tarde
Esparcen su fulgor.

Te conozco sin verte !.... Tu brillante
Y tierna inspiración
Me ha contado la causa de tus penas
Y tu acerbo dolor.

Tienes genio y bondad, hay en tu frente
Una chispa de Dios !
Tu vida es la de un ángel en la tierra,
Sufrir es tu misión !

Abril 23 de 1878.



A Buenos Aires

I

Ya me ves, Buenos Aires, no he caído ;
Aún mi frente se yergue en la batalla,
Como el roble tronchado por el rayo,
Que con su soplo el huracán levanta !

La tempestad de mi indomable suerte
Bate mi cuerpo con sangrienta saña,
Pero al herir mi espíritu, me eleva
Sobre sus negras y gigantes alas.

Me levanto, es verdad ! Pero, ¿ qué encuentro
Al posar en el mundo la mirada ?.....
Solamente el cadáver de la dicha,
Envuelto en el sudario de mis lágrimas !

Me levanto, es verdad ! como las flores
Que azota embravecida la borrasca,
Elevando hasta el cielo sus perfumes
Y cayendo en la tierra deshojadas.

Así también mi corazón enfermo
Pierde al embate del dolor su savia,
Exhalando la esencia de la vida,
En el triste sollozo de mi arpa.

Y es preciso cantar ¡ oh ! es preciso
Ahogar en armonías la desgracia,
Y por migas de pan, vender estrofas
Escritas con el llanto de mi alma !

¡ Ay del poeta que su frente inspira
En el rudo poder que la avasalla !....
Son las hebras de luz de sus ideas,
Hilos de oro que tejen su mortaja.

Pelícano que el mundo ha condenado
A arrancarse en pedazos las entrañas,
Cisne que el himno de la muerte entona,
Para arrullar su última esperanza !

II

Ah ! si pudiera retornar el vuelo
Al nido sin espinas de mi infancia,
Cuántas notas celestes, Buenos Aires,
En tu oído mi labio derramara !

Genios que entretejisteis en mi lira
De mis primeros cantos la guirnalda,
Venid, y la corona del martirio
De sus fúnebres cuerdas arrancadla.

Dadme una sola de esas blancas rosas,
Cubierta de las perlas que arrojaba,
Al caer de los brazos de la noche,
De sus dormidos ojos, la mañana.

Dadme una no más..... Ah ! no me oyen,
Viento de tempestad los arrebata !....
Se alejan, Buenos Aires, sin dejarme
Ni una flor que arrojar bajo tu planta !

Junio de 1879.



A Domingo F. Sarmiento

Vivías de la lucha. En la fatiga
Hallaba tu alma poderoso aliento,
En la atmósfera ardiente del combate
Resplandecía tu potente genio !

Luchador invencible ! Ni la muerte
Ha podido extinguir tu pensamiento
Y aún disipa las sombras de la patria,
El sol que centelleaba en tu cerebro !



En el álbum de Cecilia Grierson

¿ Por qué estás en el fúnebre anfiteatro,
Envuelta de la sangre en el vapor,
Nublando de tus ojos pensativos
La suave irradiación ?

Si en un cadáver aprender anhelas,
La historia de la muerte y del dolor,
Estudia en uno que no arroje sangre :
Lee en mi corazón ! ....

Á Adelfa

Nunca he visto tu frente ; no conozco
Ese nido de luz de tus recuerdos,
Donde el águila eterna de la idea
Se levanta con vuelo gigantesco.

Nunca he visto tu labio, pero mi alma
Adormida al arrullo de tu acento,
Ha soñado con pétalos de rosa
Perfumando una música del cielo.

Cuando viene tu voz á mi morada,
Á turbar dulcemente su silencio,
Me parece escuchar una paloma
Que, de laurel, su nido está tejiendo.

¡ Cuán hermosa tu frente, me imagino,
Con la vívida aureola de tu genio !
Á un fanal de alabastro se asemeja
Difundiendo la luz del pensamiento !

Yo he soñado una noche, que bajaba
Á destruir de las sombras el imperio,
Un querube luminoso que escondía
Una idea divina en su cerebro.

Y al sentirme atraído y deslumbrado,
De tu mente inspirada por el fuego,
He creído que en ti resplandecía
La verdad anhelada de aquel sueño.



19 de Agosto

Tres años que te llevo en mi existencia,
Alma del cielo, irradiación divina!
¡ Astro del sentimiento, que has bañado
De amor mi corazón, de luz mi lira!

Tres años que mi espíritu ilumino
Con el fuego que exhalan tus pupilas;
¡ Fuego inmortal, que llevaré á la tumba,
Para animar el polvo de mi vida.

Agosto 19 de 1880.



Á José Murature

Hiciste bien ; tu frente de suicida,
Al caer en la tumba, tocó el cielo !
No hay virtud sin amor sobre la tierra,
Por el amor tu corazón ha muerto !

Ayer, cuando llorabas la partida
Del ángel de tu hogar, sólo eras bueno ;
Hoy, que has ido á buscarlo hasta la tumba,
De amor y de virtud eres ejemplo !



Santa blasfemia!

Porque canté la abnegación divina
Me apostrofáis y me llamáis ateo!...
Si es un crimen morir por los que amamos,
Dios, de ese crimen nos ha dado ejemplo!

En la cumbre del Gólgota, befado,
Jesús también por el amor ha muerto!
A aquellos que veneran su martirio,
¿Por qué, decid, no les llamáis blasfemos?



A Adolfo Mitre

Los siguientes versos, malos como todos los que escribo, tienen un mérito: la intención de salvar con la muerte, algo que, en mi concepto, vale más que la vida: el amor y la dignidad; por eso se los dedico.

G. Méndez.

Escupidlo!

Sobre el labio la huella de un suspiro,
En la frente la sombra de un recuerdo,
Y en su turbia pupila centelleando
El último fulgor del pensamiento.

Dentro el humeante charco de su sangre,
Roja mortaja en que el puñal lo ha envuelto,
Se asemeja á una estrella que se apaga
Tras una nube de color de fuego.

Miradlo y maldecidle!.... es un suicida,
Un sacerdote apóstata del credo,
Que manda que ante el ara de la carne
Se inmole la honradez del sentimiento.

Creía en la virtud, — era su culto ;
Creía en el amor, — era su templo ;
Y al oficiar su corazón, un día
Halló la hostia convertida en cieno !

Desde entonces, la sombra de la afrenta
Obscureció la luz de su cerebro,
Y ante el altar, sin Dios, de la deshonra,
Se sintió vacilar.... y tuvo miedo !

Tuvo miedo á llevar sobre la frente,
De la vergüenza y el ludibrio el sello,
Y por salvar del deshonor su vida,
Con un puñal se la arrancó del pecho.

¡ Héroes de la ignominia, que en el fango
Sepultando el honor, salváis el cuerpo,
Arrojad sobre el rostro del cobarde
La asquerosa saliva del desprecio !

Enero de 1881.



Á Josefina Pelliza de Sagasta

Qué perfume has vertido en tu poesía,
Que al aspirarlo el corazón se embriaga?
Qué luz has difundido en tus estrofas,
Que iluminan la noche de mi alma?
Qué son las notas
De la plegaria
Que modula tu lira y que parecen
Por el labio de un ángel exhaladas?

¿Son el eco de un beso que la luna
Al sol le ha enviado de su boca pálida
Y con tierna y sublime melodía
Ha vibrado en las cuerdas de tu arpa?
O son el ruido
Que hacen las alas
Del genio de la gloria, que coloca
Sobre tu frente la inmortal guirnalda?

Ah ! no lo sé, pero al oirlas creo
Que en un lenguaje celestial me hablan,
Cual las estrellas á la oscura noche,
En los efluvios de sus luces lánguidas ;
Como el rocío
De la alborada
Habla á las flores que marchitas viven,
Dando á su seno fecundante savia

¿ Acaso el viento que agitó tu nido,
Ave canora de mi hermosa patria,
El dulce acorde de un laüd divino
Llevó á tu plectro en luminosas ráfagas
Y en él bebiste
Las notas mágicas
Que de mi labio silencioso y yerto,
La amarga queja del dolor acallan !

Sobre esta tierra, cariñosa madre
Que con su amor mis sufrimientos calma,
Que teje flores á mi mustia frente,
Humedecidas con sus tiernas lágrimas,
Vivo al arrullo
De notas blandas,
Notas sublimes, cual las que hoy tu genio
A mi corona de poeta enlaza.

Si no temiera que de justa envidia,
Ante la luz que de tu frente irradia
Al centellear tu inspiración celeste,
Todos los astros su fulgor velaran,
Yo te diría:
Alondra, canta,
Porque tus trinos, de mi vida alejan
Las negras nubes que su cielo empañan.

Á Anita Soler

Sabía que en el cielo de tu frente,
Enredado en tu oscura cabellera,
Un gajo de laurel reverdecía
Al sol de tus ideas.

Sabía que la rosa de tus labios,
Ese nido de aromas y de perlas,
Exhalaba cadencias de ternura
En perfumes envueltas.

Sabía que en la lira de tu alma,
Suave como la flor de la violeta,
Vibraban sentimientos como estrofas
De celeste poema.

Pero sólo después de conocerte
Y bañarme en la luz de tu belleza,
He sabido que encuentra sobre el mundo
Su ideal el poeta.



Á Olegario V. Andrade

Condensado en mis lágrimas te dejo
Todo el triste poema de tu muerte,
Y este laurel que es símbolo de gloria,
Arrancado á mi sien para tu frente. (*)

Noviembre 1882.

(* Gervasio Méndez se hizo conducir á la tumba de su amigo, el poeta Andrade, para colocarle una corona de laureles, ganada por él en un certamen literario.



Á Delfina V. de Mitre

No sólo fuiste madre cariñosa,
Para los seres que nutrió tu seno :
En cada desgraciado viste un hijo
Que hoy te recuerda desolado y huérfano.

Septiembre 1882.



El hogar desolado

Á Eloisa G. de Andrade

Las flores están tristes, en la noche
No juegan con el ala de los céfiros
Y á los primeros rayos de la aurora
Se abren llorando sus marchitos pétalos.

El arpa del poeta ha enmudecido,
Trocándose en sollozos sus acentos,
Y de sus rotas cuerdas ya no surge
La épica estrofa que escuchaba el cielo !

El libro en un rincón está olvidado,
No acarician sus hojas los cabellos
De aquella blanca y luminosa frente
Que iba á abismar en él sus pensamientos.

El piano no derrama en el espíritu
La dulce vibración de sus arpegios ;
Parece el ataúd de una armonía
Muerta por la presión del sentimiento.

Todo es desolación : todo está mudo
En el hogar donde reinaba el genio ;
Flores, arpas, y libros, todo dice
Con fúnebre tristeza : ¡ Lelia ha muerto !

Abril de 1882.



24 de Enero

A Teresa

Día de inmenso dolor
Y profundo desconsuelo,
En el que ha llorado el cielo
Al despedirse del sol !



Canto á Celia

(Fragmento inédito)

¡ Si á lo menos pudiera
Vencer este profundo desaliento,
Esta tristeza que á mi alma asida,
Va abismando mi vida
En sombrío y mortal abatimiento !

¡ Oh Celia ! Encanto del amor soñado
Como refugio de mi adversa suerte !
¿ Por qué te imaginé como una aurora
Que desata su broche
Sobre el oscuro manto de la noche
Que en su hálito de rosa se colora,
Si tu radiante espíritu escondía
Para mi vida, de su luz sedienta,

En vez del rubio sol de un bello día
El siniestro clarear de la tormenta !

¡ Oh Celia ! Ideal que acarició mi mente
Con el afán de la ilusión primera :
Desde la honda tumba en que he caído
Aún te siento pasar, fría, arrojando
Las deshojadas flores del olvido
Sobre mi corazón, que en su latido
Está tu ingrato corazón llamando !

Aún te veo pasar envuelta en ondas
De perfumes y luz, con la cabeza
Caída levemente
En los albos jazmines de tu pecho
Y el cabello deshecho
Sobre tu blanca y pensativa frente !

Así como te hallé la noche aquella,
En que muriendo de pasión mi alma
Repetía á tu oído
La nota melancólica del canto
Que al quebrar en el viento
Sus alas de armonía,
¡ Voy á morir ! decía
Con la triste ternura del lamento.

Como te ví, cuando las frescas rosas
De tus húmedos labios exhalaban
Su tibio aroma en el ligero ambiente
Que en giros voluptuosos
Cediendo á la atracción de tus hechizos,
Agitaba las alas en tu frente
Desflocando las ondas de tus rizos.

Amor! Eterno amor!.... ¿Por qué lo hiciste
Vibrar en la armonía de tu acento ?

¿ Por qué en el cielo de tus bellos ojos,
Profundos y sombríos,
Lo ví relampaguear sobre los míos
Como una tempestad del sentimiento ?

¡ Noche de luz, en que miré en los astros
Tu espléndida pupila reflejada :
Abismo deslumbrante, á cuyo borde
Mi espíritu dormía
Soñando con el sol de tu mirada !

¡ Ah ! Si entonces hubieras comprendido
El noble afán, la aspiración sublime
Que tu existencia despertó en la mía,
Hoy en mi corazón no sentiría
Esta invencible fuerza que lo oprime
Y mi pasión, en tus brillantes ojos,
Iría aún á detener su vuelo,
Blanca paloma, que con luz de estrellas
Tejió su nido en el azul del cielo !

¡ Y quién sabe, quién sabe si esta frente
Que al peso de tu olvido se derrumba
Sobre mi pecho helado,
Como un pálido mármol desplomado
En la callada boca de una tumba,
Fortalecida por tu amor, se alzara
A combatir la saña de mi suerte,
Disputando á la muerte
Palmo á palmo el laurel de la victoria,
Y en el himno del triunfo
La nota de tu nombre resonara
Envuelta en el aplauso de la gloria !

No sé si era ilusión de mi deseo
De deslumbrar al mundo
Con el fulgor de la inmortal diadema,

Con que anhelaba iluminar tu frente ;
Pero algo en mi cerebro palpitaba,
Como un feto de luz, que forma y vida
En el ideal de tu pasión hallaba ;
Chispa tal vez de la gigante hoguera
Que al soplo de la gloria
Hubiera reflejado mi memoria
Para alumbrar la humanidad entera !

¿ Por qué no he de creerlo, si sentía
Que al calor de tu espíritu, mi alma
Del hielo de mi cuerpo renacía,
Como la flor que en el sepulcro helado
Nace de los despojos de la muerte
Y en foco de perfume se convierte
A la caricia de la luz del día ?

Pero tú no has querido
Que arranque mi memoria
De la profunda noche del olvido
En que, abismado en mi sombría pena
No hallo más lazo que á la tierra me ate
Que la dura cadena
Que mi esperanza y mi ilusión abate.

¡ No lo siento por mí ! Valor me sobra
Para enterrar los sueños de mi vida
En la lóbrega tumba de mi suerte ;
Pero ¡ ay! con el puñal que me has clavado
Has abierto á tu nombre
Un sepulcro más hondo y más callado
Que el que encierra el silencio de la muerte!



Hojas de mi cartera

en vano, — por más que lo desees
No has de sentir amor ;
Jamás nacen del seno de las nubes
Los destellos del sol.

* * *

No puedo más !.... La nave está deshecha
Y muge el huracán !
Contra la tempestad de mi desgracia
Ya no puedo luchar !

Sueño

Tus ojos en mis ojos se posaban
Con amoroso afán,
Tus labios en mis labios esparcían
Perfumes de azahar !....
Para vivir así no nos bastaba
La inmensa eternidad !
Exceptuando tu amor, todo lo diera
Por volver á soñar !

* * *

Aquellos que comprenden mi martirio,
Me llaman infeliz ;
No saben que una dicha me sonríe .....
La dicha de morir !

* * *

Aquella noche que por vez primera
Sentí sonar tu voz,
Me pareciste un ángel que traía
Un mensaje de Dios !

* * *

Me dijeron, ayer, que estaba triste
Y marchita mi faz ;
Quisieron alegrarme, — pero en vano ....
No te sentí nombrar !

Qué necios ! se arrodillan en el templo,
Para pedir perdón,
Y sin nombrarte, quieren, ángel mío,
Que los escuche Dios !

* * *

Con saber que estoy vivo, sé que me amas,
Que suspiras por mí ;
Si no me amaras, alma de mi alma,
No podría vivir !

* * *

No me engañes jamás ; jamás disfraces
La voz del corazón ;
Me parece en tus labios la mentira,
Una mancha de fango en una flor !

* * *

Me han dicho muchas veces
Que es vano anhelo,
Pretender en la tierra
Besar el cielo.
Cómo se miente !
Yo beso hasta los astros.....
Beso tu frente !

No me olvides

No dejes apagar sobre tu frente
La luz de mi recuerdo,
No dejes que la nube del olvido
La cubra con su velo.

No dejes que la esencia de mi vida
Que en mi pasión te ofrezco,
Al viento del desdén y la inconstancia
Se evapore en tu pecho.

No me arrojes de tí..... el alma toda
Arráncame primero !
No me dejes vivir sobre la tierra
Si me arrojas del cielo !

* * *

Haz de mí lo que quieras, hiere mi alma,
Mata mi corazón,
Pero no me asesines, repitiendo
Que dudas de mi amor !

* * *

Ah ! qué noches tan tristes
Amor de mi alma !
Qué tristes son las tumbas
De mi esperanza !
Noches eternas,
En que verte, mis ojos
En vano esperan !

Ah ! qué noches tan tristes
Y tan sombrías,
Son las noches que vivo
Sin tus caricias !
Luz de mi alma,
¿ Por qué, por qué no vienes
A iluminarlas ?

* * *

La virtud, la hidalguía y la nobleza,
Muertas por el puñal de un asesino !....
Su generoso corazón rasgado
Por la cobarde daga de un bandido !....

Y el que la frente se manchó en su sangre,
No está sujeto á ignominioso grillo !....
Justicia de la tierra, te has trocado
En amparo del crimen y del vicio !

Junio 16 de 1880.

Inmortalidad !

Radiante el sol, apareció en Oriente,
Un rayo de su luz bañó mi frente....
Pensé en mi juventud, en mi pasado,
Toqué mi corazón.... estaba helado !
— No hay esperanza ! — dije, con enojos !....
Dos lágrimas rodaron de mis ojos,
Dos recuerdos de amor las arrancaron,

Que de arrugas mi frente coronaron :
Una vertí por la mujer que amo,
Otra lloré por la que madre llamo.

No hay esperanza ! —dije,— mas no importa,
Si mi existencia fué en el mundo corta,
Si una tumba me muestra el porvenir,
Hay más allá, tras el sepulcro helado,
Otro cielo, otro mundo reservado
Al que en éste nació para sufrir !

* * *

Ayer pasó ! Qué pena
Sentí al mirarla !
Cuán hondo ví el abismo
De mi desgracia !
Amor sublime !
¡ Alma de Dios ! En mi alma
No eres posible !

Atado sobre el lecho
De mi martirio,
Mi amor no será suyo,
Ni su amor, mío ;
Horrible suerte !
No tener ni la dicha
Que el bruto tiene ! ....

* * *

Cuando te ví en el templo, prosternada
Á los pies del Creador,
Me pareciste el cielo, arrodillado
Á las plantas de Dios !

No me olvides!

No me olvides! .... El alma lo repite,
De recuerdos sedienta;
El corazón y el labio lo pronuncia,
El cerebro lo sueña!

No me olvides, dijiste, y tus palabras
Rompieron la cadena
Que, de todos los males de la vida,
Arrastró mi existencia!

Olvidarte, mi bien! Romper el lazo
Que al cielo me sujeta!....
Abandonar el astro de tu alma,
Para hundirme en la tierra!....

¿No sabes que la luz de tu recuerdo
Es la única estrella
Que, en la sombría noche de mi espíritu,
No eclipsan las tormentas?

Olvidarte, mi amor! .... ¿Cómo olvidarte,
Si tu recuerdo encierra
Todo lo grande que anhelé en mis sueños
De hombre y de poeta?

* * *

Vienes de orar.... Caíste de rodillas
Á los pies del Creador....
Para ver á mi amor arrodillado
Es preciso ser Dios!

* * *

Flores y luces, oración y lágrimas,
Ofrendas del amor....
Qué tristeza del alma se apodera
Al ver este panteón!

Espinas, sangre, soledad y sombras,
Emblemas del dolor....
¡Qué anhelo de morir siente mi espíritu
Al ver mi corazón!

* * *

Si en el mundo tuviera el egoísmo
Un poco de valor,
Cuántos *amigos míos* fueran ricos
Vendiendo el corazón!

* * *

No son las desventuras de mi vida
Las que á matarme van;
El dolor de la tuya es, amor mío,
El que me va á matar!

* * *

No derrames si no es sobre tu alma
El llanto de tu amor:
Solamente en el cielo se derraman
Las lágrimas de Dios!

* * *

Algunos se avergüenzan cuando pisan
El umbral del dolor;
Cómo se avergonzaran si pudieran
Mirarse el corazón!

* * *

Han pasado dos años; han pasado
Como pasa el dolor,
Como pasan las lágrimas: dejando
Una huella de sangre al corazón!!....

Morena y Rubia

Como una densa sombra,
Sobre blanca azucena,
Sobre su frente cae
Su oscura cabellera.

Como sobre una rosa
Los rayos de la aurora,
Sobre su frente brilla
Su cabellera blonda.

* * *

Yo no sé por qué dicen quinto cielo,
No habiendo más que dos:
Uno, el cielo de mi alma, que es la tuya,
Y otro, el cielo de Dios.

* * *

No me pidas que al mundo le revele
El celeste poema de mi amor,
¿ Quién podría en el mundo comprenderlo
Que no fuera, mi bien, tu corazón ?

* * *

¿ Quieres que te describa lo que al verte,
Dentro el pecho sentí ?
Al verte sentí á Dios — ¿ y á Dios, acaso,
Se puede describir ?

Viernes Santo

¿ Por qué lloráis, si Jesucristo era
La abnegación, la caridad, la luz !....
Soberbios y egoístas de la tierra,
¿ Por qué lloráis la muerte de Jesús ?

¿ Lloráis porque en su frente veis espinas
Y su cuerpo en la cruz ?
Ese es el premio que les dais vosotros
Al genio y la virtud.

Lloráis porque con hiel y con vinagre
Apagaron su sed....
¡ Y á los que os piden una gota de agua,
Les dais veneno y hiel !

Oh ! secad ese llanto, de vuestra alma
Hipócrita antifaz !
A los pies de la víctima, el verdugo
Nunca debe llorar !

* * *

Tengo envidia al tormento y á la afrenta
Que sufriste, Señor ;
¿ Sabes por qué ? Porque hoy al recordarlos,
Suspiraba mi amor.

Así te veo !...

Triste, abatida, con la faz cubierta
Por un negro crespón,
Negro como las sombras que en mi frente
Ha dejado el dolor ;

Así te veo, empapando en llanto
La ensangrentada cruz,
Llanto que el astro de tu alma vierte
En raudales de luz !

* * *

Rugió el mar, tembló el mundo, lloró el cielo,
Y el sol se obscureció!....
Es que sobre la cumbre del Calvario
Moría el Redentor !

Volvió la calma al mar, giró la tierra,
Y el sol se iluminó....
Es que un ángel al mundo descendía :
El ángel del amor !

1879.

* * *

Cuando nos despedimos para siempre,
No la pude decir una palabra :
El adiós de la ausencia no se dice,
Sino con el sollozo y la mirada.

Y ay ! la que ella derramó en mis ojos,
Como fulgor de su última esperanza,
Fué tan sombría, que la noche eterna
Creí que descendía hasta mi alma !

* * *

La luz del sol refléjase en la luna
La luz de tus pupilas en el sol,
Y en tus miradas de ángel resplandece
Toda el alma de Dios !

A Dalimena

Este libro es la historia de mi vida,
Brilla tu nombre en sus sombrías páginas,
Como una hermosa estrella que clarea
Envuelta en el crespón de la borrasca.

Mayo 1880.

* * *

Te ruego que cuando muera
No derrames ni una lágrima ;
Sufriría hasta en la tumba
De no poder enjugarla !

* * *

La virtud de algunas gentes
Es como ciertas doctrinas :
En la práctica muy malas,
Y muy buenas en teoría.

* * *

No me desprecies porque estoy caído
Y porque encima de la cumbre te hallas ;
Si he bajado al abismo de las penas
Tú has subido á la cumbre de la infamia !

* * *

Me quieres mucho ?— Te adoro !
Con esas breves palabras
Escribí todo un poema,
Para arrullar mi esperanza.

El viento de la perfidia
Me rompió un día sus páginas
Y desde entonces la arrullo
Con los suspiros de mi alma.

27 Mayo 1880.

* * *

Extranjero en mi hogar!.... Sin Dios que guíe
Sobre la tierra mi sangrienta planta,
Y lejos de tu amor — ¿ por qué no quieres
Que prefiera la muerte á mi desgracia ?

Sí, yo debo morir !.... Cuando se oculta
A los ojos la luz de la esperanza,
Es mejor que la noche del sepulcro
Apague para siempre la mirada !

* * *

Queriendo reanimarlo en el combate,
Digo á mi corazón : el triunfo es nuestro,
Luchemos otra vez — y suspirando
Me contesta : no puedo !....
Pero siente tu voz que le acaricia
Con la promesa de un amor eterno,
Y me dice : la gloria nos espera,
Hasta morir luchemos !

Con la invisible luz del pensamiento
Descendí de mi amor al hondo abismo,
Y en él no pude hallar sino su llanto
Con mi llanto y mis penas confundido !

Dios ha muerto ! exclamé, pues si viviera
No lloraran tus ojos, amor mío....
Y ella me contestó : no es que haya muerto,
Es que para nosotros no ha nacido !....

* * *

Leí una vez : « el llanto que vertía,
Sus pálidas mejillas *abrasó !....* »
Y dije riendo : pues si el llanto *abrasa*
Pronto mis ojos van á ser carbón.

Mas ¡ ay ! que aquello que creí mentira
Es la amarga verdad de mi dolor :
Hoy hace un año que la ví llorando,
Y aún su llanto me abrasa el corazón !



El Señor Gobernador de Entre Ríos, Doctor Salvador Maciá, ha tenido la gentileza de costear el libro á nombre de ese Gobierno.



This BOOK may be kept out TWO WEEKS ONLY, and is subject to a fine of FIVE CENTS a day thereafter. It was taken out on the day indicated below: